DOCUMENT RESUME

ED 148 165 FL 009 128

TITLE	Raza de Tesoros. Programa de Lectura y Ensenanza del Lenguaje, Unidad B (Race of Treasures. Reading and Language Learning Program, Unit B).
INSTITUTION	Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, Austin, Tex.; Edgewood Independent School District, San Antonio, Tex.
SPONS AGENCY	Office of Education (DHEW), Washington, D.C.
PUB DATE	Apr 76
NOTE	90p.; In Spanish; For related documents, see FL 009 129-130.
AVAILABLE FROM	Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education, 6504 Tracor Lane, Austin, Texas 78721 ($2.65)
EDRS PRICE	MF-$0.83 HC-$4.67 Plus Postage.
DESCRIPTORS	Biculturalism; *Bilingual Education; Bilingual Students; Childrens Literature; Cultural Awareness; *Cultural Education; Elementary Secondary Education; *Instructional Materials; *Language Arts; Language Proficiency; Language Skills; *Mexican American History; Mexican Americans; Reading Instruction; *Reading Materials; Sociocultural Patterns; *Spanish; Spanish Americans; Units of Study; Vocabulary

ABSTRACT

This Spanish reader is part of an ungraded language arts and reading program that can be used in classes from upper elementary through high school. The program is designed around reading selections which present aspects of history, culture, and present-day experiences of special relevance to the Mexican-American student. The goals of the program are increased proficiency in Spanish and increased awareness of the language and culture. The reader contains eleven stories and a Spanish-English vocabulary list, and is illustrated with black-and-white line drawings. (CLK)

****
* Documents acquired by ERIC include many informal unpublished *
* materials not available from other sources. ERIC makes every effort *
* to obtain the best copy available. Nevertheless, items of marginal *
* reproducibility are often encountered and this affects the quality *
* of the microfiche and hardcopy reproductions ERIC makes available *
* via the ERIC Document Reproduction Service (EDRS). EDRS is not *
* responsible for the quality of the original document. Reproductions *
* supplied by EDRS are the best that can be made from the original. *
****

RAZA DE TESOROS

ED148165

U S DEPARTMENT OF HEALTH
EDUCATION & WELFARE
NATIONAL INSTITUTE OF
EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION POSITION OR POLICY

"PERMISSION TO REPRODUCE THIS MATERIAL HAS BEEN GRANTED BY

TO THE EDUCATIONAL RESOURCES INFORMATION CENTER (ERIC) AND USERS OF THE ERIC SYSTEM"

PROGRAMA
DE LECTURA Y
ENSEÑANZA
DEL LENGUAJE

UNIDAD B

FL009128

2

Published by the
DISSEMINATION AND ASSESSMENT CENTER FOR BILINGUAL EDUCATION
6504 Tracor Lane, Austin, Texas 78721

Raza de Tesoros

Distrito escolar de Edgewood
San Antonio
Texas

"The project reported herein was performed pursuant to a Grant from the U.S. Office of Education, Department of Health, Education, and Welfare. However, the opinions expressed herein do not necessarily reflect the positions or policy of the U.S. Office of Education, and no official endorsement by the U.S. Office of Education should be inferred."

The Dissemination and Assessment Center for Bilingual Education is a special E.S.E.A. bilingual project funded by the U.S. Office of Education through Education Service Center, Region XIII. The Center has selected these materials for dissemination; however, the opinions expressed herein do not necessarily reflect its position or policy nor that of Education Service Center, Region XIII.

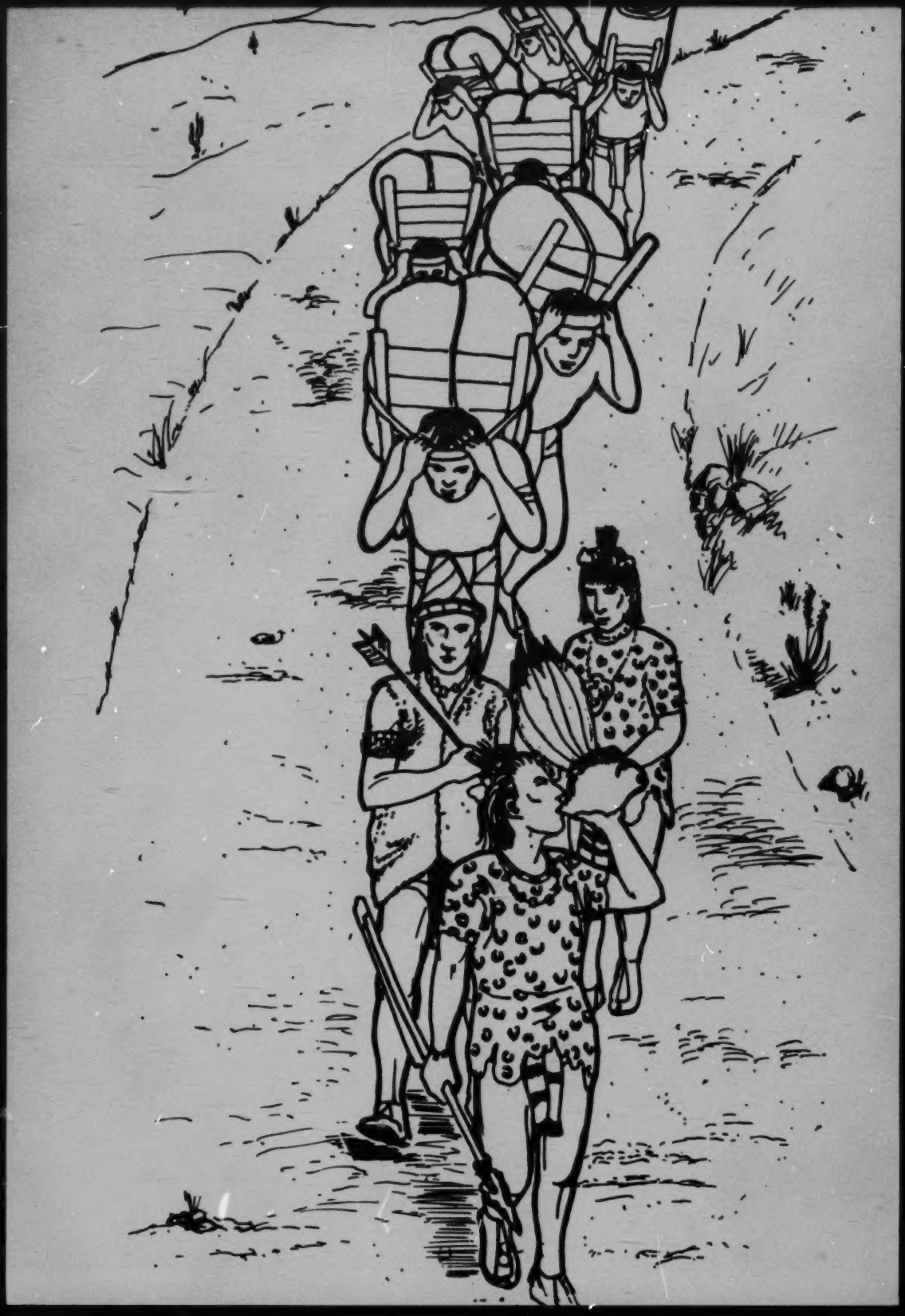
This publication was developed and printed with funds provided by the Elementary and Secondary Education Act, Title I of the Educational Amendments of 1974 (P.L. 93-380), formerly and commonly referred to as "Title VII ESEA (1965)." Therefore it is in the public domain and may be reproduced for local use.

Printed in the United States
April, 1976

Contenido

La primera supercarretera de América	1
Los mensajeros de Moctezuma	5
La primera Navidad de Béxar	12
Lo que pasó en el arroyo del león	20
Mano	29
La cajita de Santa-Anna	40
El regalo de Agustín	44
La rana toro del arroyo	51
Pepito	52
Mi yo	60
Un sábado por la noche	66
Vocabulario	77

Raza de Tesoros



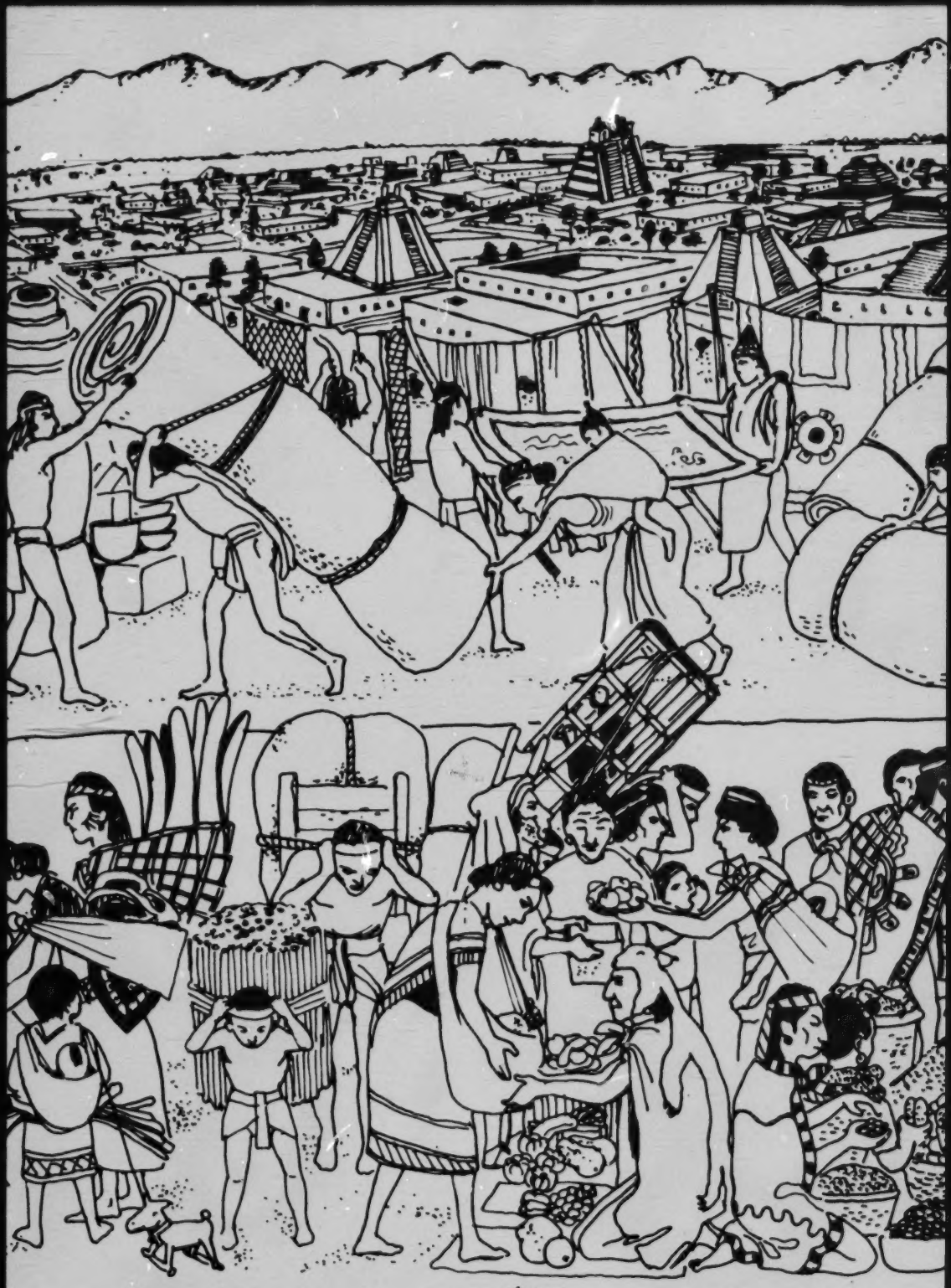
La primera supercarretera de América

Los aztecas eran una tribu del México antiguo. En esos tiempos la parte de México donde vivían los aztecas se llamaba Anáhuac. Moctezuma era rey de Anáhuac. La capital de Anáhuac era Tenochtitlán, la cual también era el centro comercial del país. El comercio era muy importante en Anáhuac porque la riqueza del país y de la capital dependía en parte del comercio. Se necesitaban carreteras buenas para que se lograra el comercio.

En algunos casos había tribus que se oponían a la construcción de este sistema de supercarreteras. Entonces Moctezuma mandaba mensajeros que discutían el asunto con esas tribus. Los mensajeros proponían un pacto—si las tribus pagaban tributos, Moctezuma no les declararía la guerra, vivirían en paz, y se unirían en parte a la comunidad azteca. Los tributos de las tribus formaban otra parte de la riqueza de Tenochtitlán.

El sistema de supercarreteras hacía posible que vinieran comerciantes desde todos los puntos de México y Centro América. En ciertos días, como al mediodía, los pochtecas, o sea los comerciantes, llegaban a Tenochtitlán y se reunían en el gran mercado azteca. Su llegada causaba mucha conmoción en la capital.

Al frente de la procesión venían guerreros soplando conchas marinas que parecían trompetas. Después venían indios pintados, lanzando troncos al aire. Los pochtecas, caminando lentamente, seguían a los indios. Sus túnicas eran de los más finos materiales y cada uno llevaba un bastón. Los acarreadores eran los últimos. Como no había animales de carga, los acarreadores cargaban toda la mercancía.

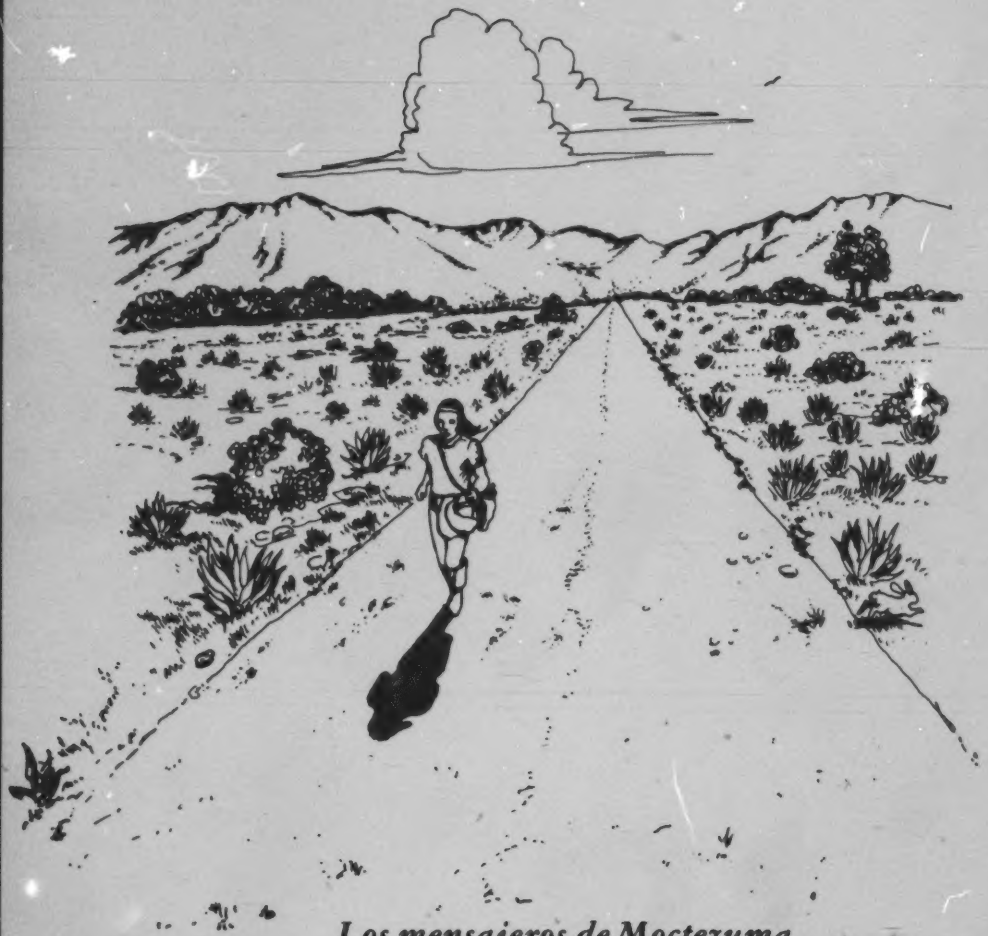


Los pochtecas traían grandes tesoros—cacao, perlas, rubíes y oro. También traían vistosas plumas del quetzal para los penachos y las capas de los nobles. Además traían otras mercancías, tanto como noticias de otros lugares. Con el intercambio de las mercancías y las noticias se establecían mejores relaciones entre las tribus.

Así, por medio del sistema de carreteras y del comercio se realizó un eficiente sistema de comunicación que sirvió a todo México y Centro América por muchos años.

Richard G. Santos

4

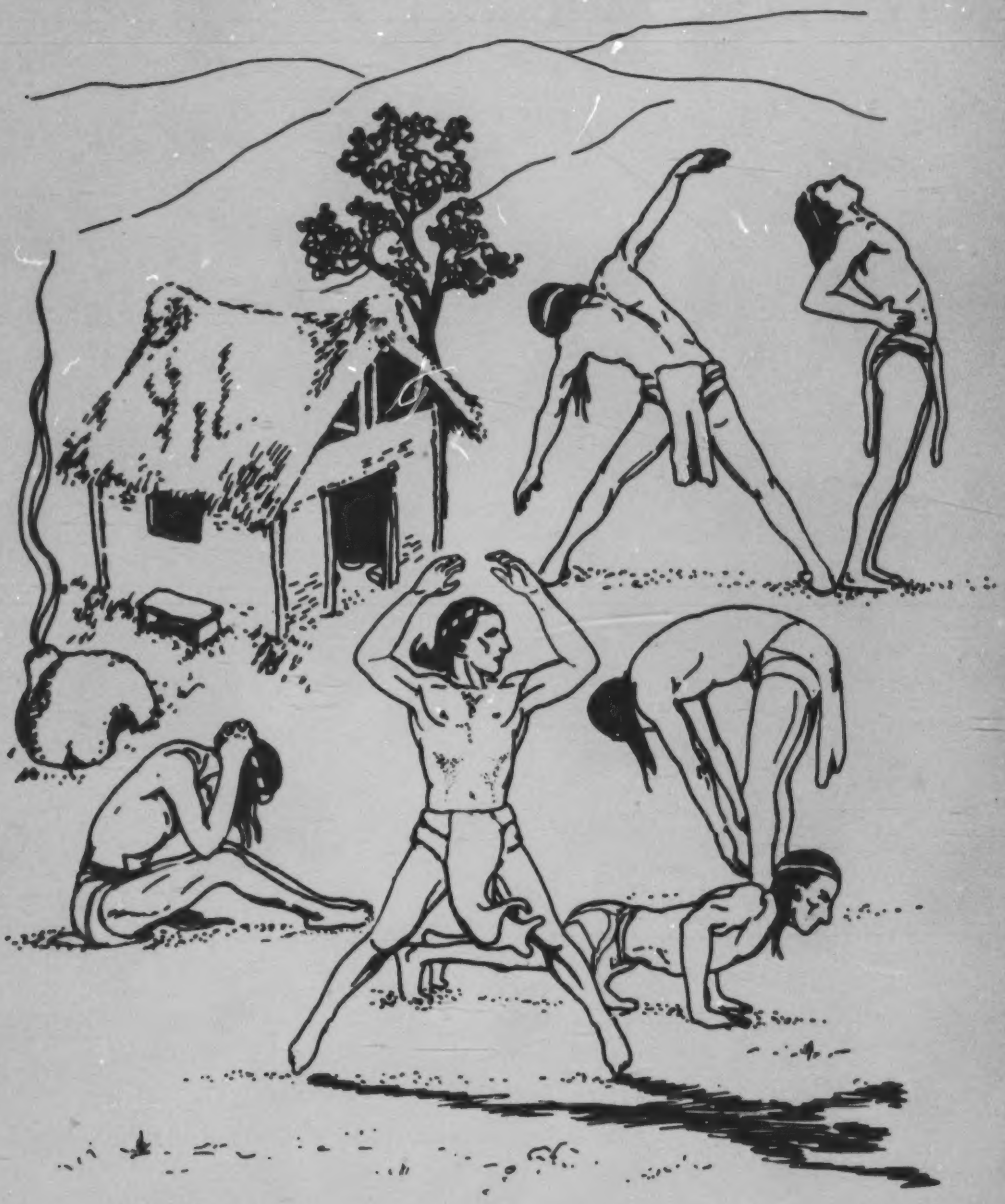


Los mensajeros de Moctezuma

El sistema de carreteras que había mandado construir Moctezuma no sólo servía para comerciar con otras tribus, sino también para mandar mensajes de un lugar a otro. Los mensajeros que corrían llevando noticias eran hombres entrenados para correr largas distancias sin cansarse.

Un hombre no hacía todo el viaje solo. Había relevos que esperaban al corredor para tomar el mensaje y seguir el

viaje. El relevo se preparaba para la carrera haciendo ejercicios para calentar su cuerpo. Para tomar el lugar del mensajero, el relevo empezaba a correr a paso lento, aumentando su rapidez poco a poco. Así, al encontrarse los dos, el relevo ya iba corriendo al mismo paso que el mensa-



6

jero. El nuevo corredor tomaba el mensaje y seguía el camino hasta otro punto donde le esperaba el siguiente corredor. El que llegaba seguía corriendo para ir parando poco a poco. Si no, se le hubieran reventado los pulmones.

Los relevos esperaban en casas de descanso que se encontraban por la carretera. Los corredores podían dormir en estas casas de descanso. También había allí mujeres que preparaban la comida. Con la comida servían un chocolate sabrosísimo.

7

Los aztecas consideraban el chocolate como la bebida más rica de todas. Tostaban el grano de cacao y lo molían para hacerlo polvo. Entonces lo mezclaban con miel y vainilla y lo batían hasta que se hiciera espuma. El chocolate servía para dar fuerza y energía a los corredores.

Así se alimentaban los corredores de Moctezuma; así descansaban y se alternaban para poder llevar las noticias y los mensajes de un lugar a otro. De esta manera continuó el sistema de comunicación del emperador Moctezuma, hasta que un día los mensajeros trajeron una noticia inolvidable.

Supieron que habían llegado unos hombres extranõs en canoas muy grandes. Eran Hernán Cortés y sus soldados, ¡los conquistadores! El 8 de noviembre de 1519 Cortés y

sus soldados llegararon a Tenochtitlán. Cortés y sus soldados traían consigo sus caballos. La llegada de los españoles cambiaría el sistema de corredores, tanto como el mismo reino de Anáhuac.

Los caballos especialmente eran una novedad para los indios. Jamás se había visto animales de carga en el nuevo mundo.

En poco tiempo Hernán Cortés y sus soldados se dieron cuenta del sistema de comunicación que tenían establecido los aztecas. Reconocieron lo importante que era y directamente lo adoptaron para sus negocios en el nuevo mundo. Pero en lugar de usar únicamente a los mensajeros, usaron los caballos también.

Por supuesto los caballos eran más rápidos que un hombre. Los mensajeros que iban a caballo también tenían lugares de relevo donde cambiaban de mensajero y de caballo para seguir su camino y llevar el correo y las noticias de un lugar a otro. Estos mensajeros a caballo también abrieron nuevos caminos.

Este sistema de comunicación, usando caballos para llevar las noticias y el correo, existió por cientos de años por todo el nuevo mundo.

Han pasado siglos desde que Moctezuma mandó construir la primera carretera que sirvió para unir el reino de Anáhuac con un sistema de comunicación. Todavía se usan algunos de los caminos establecidos por Moctezuma y después por los españoles.

Claro que desde los tiempos de Moctezuma se han inventado muchos más medios de comunicación—los trenes, los barcos, y por último los aviones. Porque ahora tenemos tantos medios de comunicación, se dice que el mundo se ha hecho más pequeño.

Richard G. Santos

La primera Navidad de Béxar

La villa de San Antonio de Béxar, en lo que ahora es Texas, fue establecida en 1718 por el padre Antonio Olivares. En diciembre de ese año se celebraba la primera Navidad en la villa. El veinticuatro de diciembre amaneció nublado y frío. Era uno de esos días sin sol cuando la gente no quiere ni salir de sus casas.

Ese día Manuelito Pérez estaba preparando el maíz para hacer el nixtamal para la masa. Manuelito vivía con sus padres en la villa. Todos los niños de la villa ayudaban con los quehaceres de la casa y los trabajos del campo.

—Papá, papá. Venga a ayudarnos a desgranar el maíz— gritó Manuelito.

—Ya voy, Manolo— contestó don Lorenzo Pérez.

El viejo soldado tenía la vista fija en la carretera que entraba al pueblo.

—¿Qué esperas papá? Hace tiempo que estás viendo para allá.

—Espero a los carreteros. Deberían de haber llegado desde hace dos días.

—De veras, papá. Pero hoy tenemos mucho que hacer. Mama quiere cocer la masa para los tamales— dijo Manuelito yendo a donde estaba su papá. Don Lorenzo empezó a caminar con su hijo hacia el jacalito donde vivían, pero de vez en cuando miraba hacia el camino.

—Dice mamá que después de hacer los tamales haremos buñuelos. Mamá quiere dejar todo listo antes de que nos vayamos a la iglesia— dijo Manuelito alegremente.

—Sí, hijito, tenemos que darnos prisa, si no tu mamá se va a enojar. Ya sabes que a ella le gusta tener todo preparado con tiempo.

13

—Mamá dijo que los indios de la misión van a representar el drama de los pastores—añadió Manuelito—. Platícame acerca de los pastores, papá.

—Los pastores de la primera Navidad eran unos hombres que cuidaban sus ovejas. Una noche los despertó una luz resplandeciente. En aquella luz vieron a un ángel que les dijo que había nacido el Hijo de Dios.

—¿No les dio miedo al ver el ángel, papá? A mí sí me hubiera dado mucho miedo.

—Sí, al principio les dio miedo, pero el ángel les dijo que no tenían nada que temer porque les traía buenas noticias. Dijo que en el establo de un mesón en la ciudad de Belén encontrarían al Hijo de Dios. En seguida fueron los pastores en busca del mesón. Hallaron al Niño Jesús en el establo en un pesebre. Los pastores fueron los primeros hombres que fueron a adorarle.

Terminando de hablar, Don Lorenzo se encaminó hacia la carretera.

—¿Todavía estás esperando a los carreteros, papá? A lo mejor se encontraron con los indios apaches y ellos son enemigos, ¿verdad? Hay peligro y tú no me quieres decir, ¿verdad papá?

—No, Manolo, no tenemos enemigos ni hay peligro. Lo que me preocupa es que los carreteros no han llegado con la mercancía. Ellos traen las cosas que necesitamos, y si no vienen no habrá regalos para ti, ni para tus hermanitos, ni para tu mamá. Los misioneros también se quedarán sin regalos esta Navidad, nuestra primera Navidad en la villa.

—Pues ojalá que vengan, papá.

—Sí, hijo, pero temo que les haya pasado algo en el camino. Es tan largo el viaje que corren mucho peligro porque tardan muchos días para llegar.

—Estoy seguro de que llegarán a tiempo. Yo también mandé pedir algunas cosas. Gasté todos mis ahorros para comprar unos regalos, y no voy a perder la esperanza.

Sin embargo, a pesar de todos los preparativos, el día se le hizo larguísimo a Manuelito.

Al anochecer toda la gente se fue a la iglesia. Nadie quería faltar a la celebración.

Los indios que vivían en la villa habían aprendido a hablar español. Esa noche presentaron el drama de los pastores. La presentación estuvo muy bien hecha y el padre Antonio Olivares estaba muy orgulloso de ellos. Toda la gente de la villa quedó satisfecha con la presentación. Después algunas de las familias invitaron a los indios y al padre a cenar para que así todo mundo tuviera donde cenar.

Esa noche Manuelito casi no pudo dormir. Su cama, hecha de cuero, le parecía demasiado dura. Además, tenía frío.

Por fin oyó cantar a los gallos en la madrugada. Se asomó por la ventana y vio que todo estaba obscuro. Pero Manuelito sabía que ya era hora de levantarse.

Se sentó en su cama y pronto se vistió, pues hacía frío y quería irse a la cocina donde sabía que su mamá tendría un buen desayuno.

—¿Dónde está papá?—preguntó Manuelito al entrar a la cocina.

—No sé a donde iría. Hace rato que salió. Ven a desayunar Manuelito. Hoy hay mucho que hacer.

Pero Manuelito ya iba saliendo de la casa, diciendo—Al rato vengo mamá.

Encontró a don Lorenzo al lado del camino mirando a lo lejos.

—¡Papá, papá! ¿Ya vinieron los carreteros?

—¡No, hijo, pero vete a la casa pronto! ¡Allí vienen unos apaches! ¡No sé si serán amigos o enemigos!

—¡No, papá!— contestó Manuelito—. No te quiero dejar solo. Me quedo aquí contigo.

Los indios se acercaban poco a poco. Don Lorenzo y Manuelito notaron que llevaban las caras pintadas. Sabían que a veces esto era signo de guerra. Los indios llegaron a donde estaban el viejo y el niño. Uno de ellos se adelantó y con voz fuerte preguntó:

—¿Quién manda aquí?

—El capitán Menchaca— contestó Don Lorenzo—. Síganme. Los llevaré con él.

Don Lorenzo, Manuelito, y los indios caminaron hacia la casa del capitán. Adentro de la casa el capitán y sus soldados ya estaban preparados con sus carabinas. Salió el capitán con unos de sus soldados.

—Soy el capitán Francisco Menchaca, encargado del presidio de San Antonio de Béxar. ¿En qué les puedo servir?

—Venimos en busca de Manuel Pérez— dijo uno de los apaches.

—Yo soy— dijo Manuelito asustado.

—Hace cuatro días estuvimos en Río Grande. Allí conocimos a unos carreteros. Dijeron que venían a San Antonio de Béxar pero que tardarían otra semana y media para llegar. Nos dieron este encargo—dijo uno de los apaches, desamarrando un bulto de su caballo.

—Muchas gracias— dijo Manuelito tomando el bulto—. ¡Papá, son los regalos que encargamos! ¡Ahora sí tendremos una feliz Navidad!

Todos se empezaron a reír al ver la alegría de Manuelito.

Manuelito se acercó al jefe de los apaches y dijo:

—Gracias por haber traído nuestras cosas. Ahora quiero regalarle esto. Es mi cuchillo nuevo y es lo único que tengo para regalar. ¡Que pase una feliz Navidad!

El apache miró al muchacho con una sonrisa cariñosa y tomó el cuchillo. Los indios montaron sus caballos y siguieron su camino. Todos se quedaron viendo a los apaches que se iban alejando.

Manuelito y su papá se encaminaron a su casa.

—Ahora mamá recibirá su chalina, mis hermanitos tendrán sus dulces, y usted su chaqueta de cuero— dijo Manuelito lleno de emoción.

—Sí, hijito, y tú recibirás todo nuestro cariño. Hiciste algo noble y bueno en regalar tu cuchillo y estoy muy orgulloso de ti. En verdad, ¡es una feliz Navidad!

Richard G. Santos

19

Lo que pasó en el arroyo del león

Hace muchos, muchísimos años cuando los animales hablaban, había un coyote que se creía muy astuto. Pensaba que ningún otro animal sabía más que él y que nadie lo podía engañar.

Una día, mientras caminaba por el bosque, oyó unos gritos desesperados.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me muero!—gritaba aquella voz.

—¿Quién será?—se preguntó el coyote. Otra vez se oyeron los gritos.

—¡Socorro! ¡Me muero! ¡Socorro!

Se detuvo don Coyote. Paró las orejas y con su nariz coyotera comenzó a olfatear para buscar de donde venían los gritos.

Comenzó a andar muy despacito para mejor investigar el misterio. Iba caminando con su nariz casi pegada al suelo. De repente se detuvo, alzó la cabeza, y dirigió la mirada hacia un arroyo cercano. Su nariz le decía que allí había algo. Poco a poco se fue arrimando al barranco del arroyo desde el cual pudo ver quien era el que gritaba.

En el fondo del arroyo estaba un león casi cubierto de arena. Gemía dolorosamente y trataba de levantarse.

—¡Ayúdame, que me muero! . . . Acércate, no me tengas miego. Estoy herido.

Don Coyote se arrimó un poco más a la orilla del arroyo, y se quedó viendo al león con mucha curiosidad.

—Me muero de sed. Ayúdame, amigo Coyote—suplicó el león.

Don Coyote no movió ni una pata. Sospechaba que era una trampa. Por fin dijo:

—No me acerco hasta que me digas lo que te pasa.

—Hace dos días me caí del barranco—contestó el león—. Quise levantarme, pero me di cuenta de que me

21

había roto la pierna. Desde entonces, no he podido levantarme y ya casi me muero de sed y hambre. Ayúdame por favor.

Don Coyote no se movió. Todavía pensaba que era una trampa.

<<¿Me estará diciendo la verdad?>> se preguntaba don Coyote mirando al león de reojo. Luego continuó <<Parece que tiene una pata lastimada, pero no sé qué hacer.>>

—Ayúdame a llegar a aquel charco de agua que me muero de sed, amigo Coyote—le rogó el león.

De un salto don Coyote brincó a donde estaba el león. Dio unas cuantas vueltas a su alrededor para estar seguro de que no lo estaba engañando. Entonces don Coyote dijo:

—Te jalaré de la cola hasta el charco para que bebas agua.

Comenzó a jalarlo cuando el león gritó:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me estás arrancando la cola! No me muerdas tan fuerte.

Don Coyote le soltó la cola y dio unos pasos hacia atrás.

—Entonces, ¿cómo te voy a llevar al agua?

—¿Por qué no me cargas en tu lomo?

—Está bien. Me echaré junto a ti para que te puedas subir.

El león se subió, y como estaba muy pesado apenas se pudo levantar don Coyote. Caminando poco a poco, con mucha dificultad, lo cargó hasta el charco de agua.

—Bájate— dijo don Coyote—. Ya llegamos.

Pero el león no se bajó, sino que con una sonrisa burlona dijo:

—No. Me trajiste al agua para que se me quitara la sed, pero con agua no se me quitará el hambre. ¡Te voy a comer!

—¡Eso no es justo! ¡Yo nada mas te quería ayudar! ¡No me comas!

—¡Te voy a comer ahorita mismo!— gritó el león.

Don Coyote dio un grito de horror. En ese momento se oyó una voz que salía del charco.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Era una tortuga que se había acercado a la orilla del charco. Sacando su cabeza de la concha, preguntó otra vez:

—¿Qué pasa? ¿Por qué se pelean?

—Mire, señora Tortuga— dijo don Coyote—, este león se estaba muriendo de sed y lo traje al agua. ¡Y ahora me quiere comer! ¿Cree que es justo?

—Sí es justo— dijo el león— porque tengo mucha hambre.

Con esa paciencia que tienen las tortugas, la señora Tortuga se quedó pensando. Después de un ratito dijo:

—Voy a tratar de resolver su problema, pero me van a tener que ayudar a comprender lo que pasó. Coyote, lleva al león a donde lo encontraste.

Otra vez el coyote volvió a cargar al león y lo llevó al arroyo donde lo había encontrado.

—Este es el lugar donde lo encontré— dijo el coyote.

—Muy bien— dijo la tortuga—. Ahora vete tú al lugar donde estabas la primera vez que oíste los gritos del león.

De un salto don Coyote se volvió a subir al barranco.

—Aquí estaba— dijo el coyote.

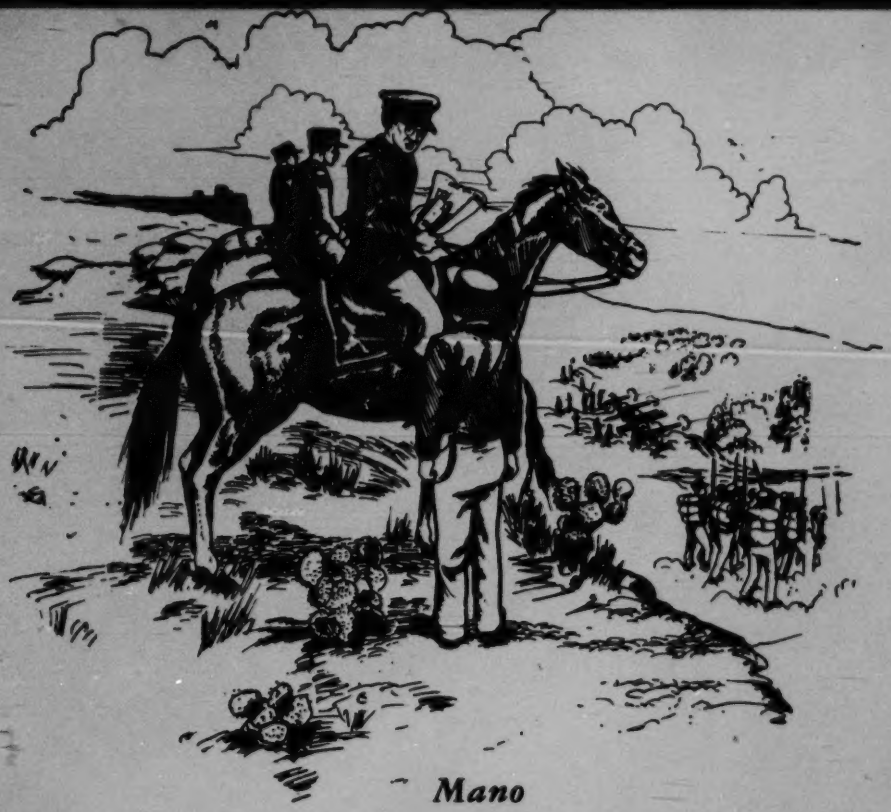
—¿Están ya los dos en sus lugares?—preguntó entonces la tortuga.

—Sí, sí— contestaron los dos a una vez.

—Bueno, ahora les diré lo que van a hacer. Tú, Coyote, sigue tu camino y vete a tu casa . . . y tú, León, quédate allí por malagradecido.

Y el léon se quedó en el arroyo para siempre, dejándole su nombre. Es por esta razón que se dice "el arroyo del león".

Richard G. Santos



Mano

Era el cinco de mayo de 1862, en la ciudad de Puebla, México. Los mexicanos peleaban contra los franceses para defender la ciudad.

El comandante del ejército mexicano era el general Ignacio Zaragoza de Seguín. Había nacido en Texas, en Bahía del Espíritu Santo, pero se encontraba en México para ayudar a sus hermanos de raza en la guerra contra los franceses.

La batalla estaba en su fuerza. El trueno de los cañones y de las carabinas rezonaba tan fuerte que retumbaba el suelo.

El general Zaragoza se veía casi perdido. Su ejército y las municiones se estaban agotando. El general buscó a la única persona de quien confiaba, el trompetero Juan Manuel, o como todos le llamaban, "Mano."

En esos momentos vino corriendo uno de los soldados gritando:

—¡Mi general, mi general! ¡Se nos acaba la munición para las carabinas y las pistolas! ¿Qué vamos a hacer? Las tropas enemigas se están acercando más y más . . .

—Dónde está el trompetero? ¡Tráiganlo enseguida para que dé el toque de queda!—gritó el general.

—¿Nos vamos a rendir?—preguntó uno de los soldados.

—¡No, nunca!—respondió el general—. ¿Dónde está mi trompetero? ¡Tráiganmelo aquí!

Juan Manuel, el trompetero, era un muchacho de diez años. Realmente era un niño. Se había unido al ejército porque no tenía familia.

Todos los soldados de la tropa le decían "Mano" porque según ellos era la mano derecha del general Zaragoza.

Uno de los soldados encontró a Mano debajo de los carretones y le dijo:

—¡Mano! ¡Te llama el general! ¡Ven inmediatamente!

Mano salió corriendo con la trompeta en sus manos. Al llegar a donde estaba el general éste ordenó:

—¡Mano! Da el toque de queda. ¡Que los soldados paren la batalla para ahorrar munición!

—Sí, mi general— contestó Mano. Y pronto se escuchó el toque sonoro de la trompeta por todo el campo de batalla.

Poco a poco se fueron callando los cañonazos y los tiros. Para cuando se oyeron las últimas notas de la trompeta todo estaba silencio.

— Gracias, Mano—dijo el general—. No te vayas, te necesito aquí a mi lado.

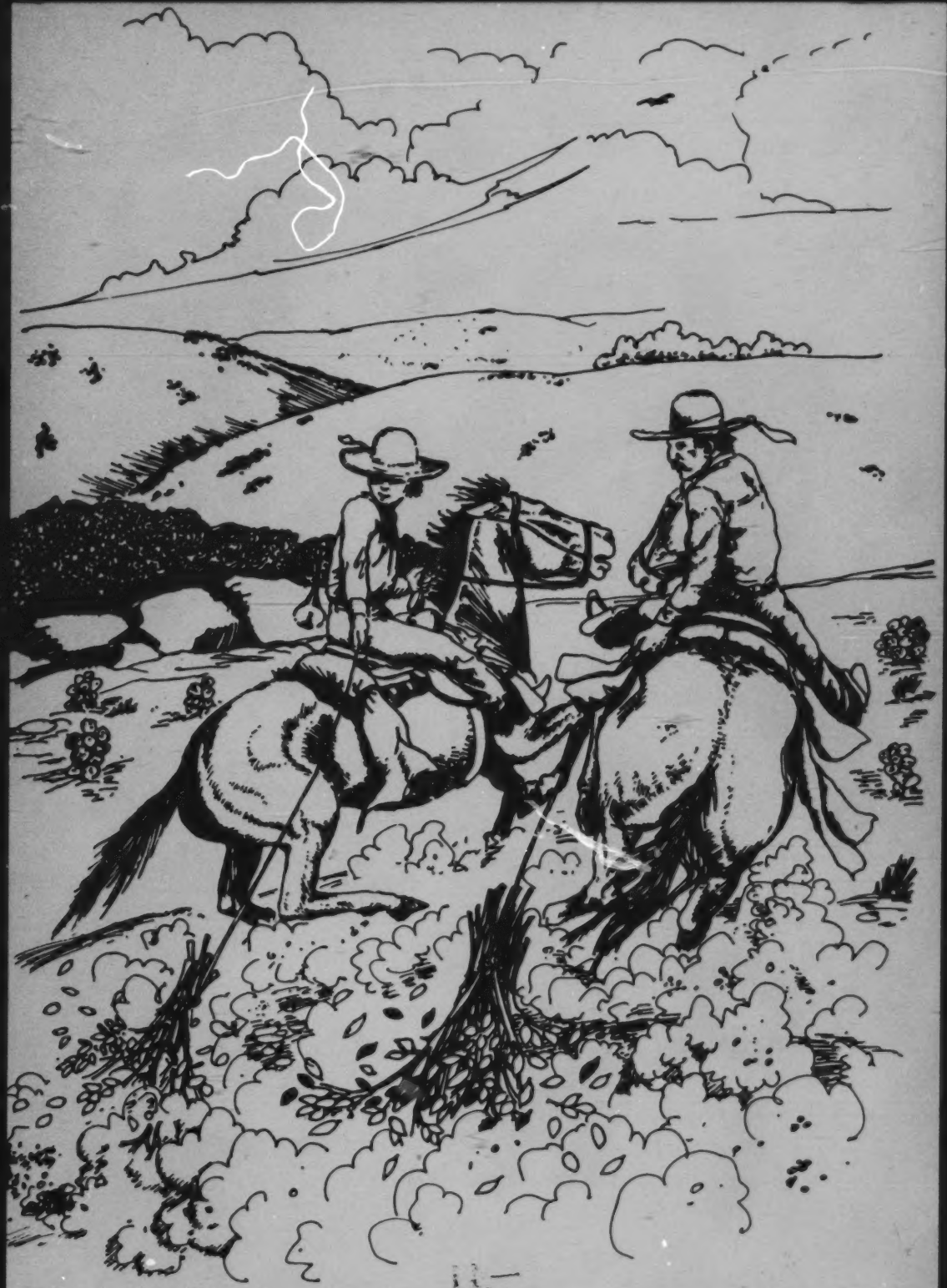
El general estaba muy preocupado porque sabía que se les estaba acabando la munición. Siguió hablando con el niño:

—No sé de donde salen tantos franceses . . . Parece que los hacen con máquina. ¿Qué vamos a hacer?

Algunos de los tenientes y coroneles que rodeaban a Zaragoza se quedaron sorprendidos al ver cómo el general se dirigía a aquel niño, casi pidiéndole ayuda. Poco a poco se fueron alejando de allí todos, hasta que quedaron solos Mano y el general. Entonces el niño, tomando la mano del general, le dijo:

—Mi general, muchas veces me ha platicado de su pueblo en Texas. Me acuerdo que una vez me contó cómo usted y su papá habían asustado a unos indios. Me parece que iban por el camino de San Antonio a Goliad cuando vieron a una banda de comanches. Me dijo que entonces su padre recogió unas ramas y las arrastró con su caballo. Hizo levantar una polvadera para que los indios creyeran que eran muchos hombres que venían. También tocó usted la trompeta por largo rato, como si fuera una gran fuerza militar que se estaba agrupando para atacar. Mi general, ¿por qué no usamos esa misma idea?

El general Zaragoza se quedó pensando por un momento, y luego con mucho ánimo le dijo:



—¡Muy buena idea, Mano! De veras que eres un genio. Llama a todos mis oficiales para formar el plan de ataque.

Cuando estuvieron todos los oficiales juntos, el general les ordenó:

—Manden a los soldados que corten ramas para que las arrastren con sus caballos y hagan mucha polvadera. Que guarden las pocas municiones que quedan para disparar todos los cañones y las carabinas al mismo tiempo. Mano, quiero que te encargues de los demás trompeteros. Mándalos a que se coloquen en diferentes lugares. Cuando dé la señal, todos darán el toque de descarga al mismo tiempo.

Por todas partes se veían oficiales dando las órdenes necesarias para preparar el ataque. Todo el ejército— coroneles, mayores, capitanes, tenientes y soldados— trabajaba como uno solo.

En medio de toda esa conmoción, el general Zaragoza veía solamente a Juan Manuel. Este había reunido a los trompeteros. Todos eran muchachos de nueve a once años, pero se portaban como verdaderos soldados.

Zaragoza pensaba <<Son unos niños nada más, pero son tan valientes como cualquier soldado veterano. Y así como son niños, son unos inocentes, ¡no piensan que puedan morir en la batalla!>>

Cuando todos estaban listos y en sus lugares, el general mandó a Juan Manuel para que revisara el campo de batalla. Los oficiales estaban en sus puestos con las carabinas y los cañones listos para disparar. Inquietos, esperaban la señal.

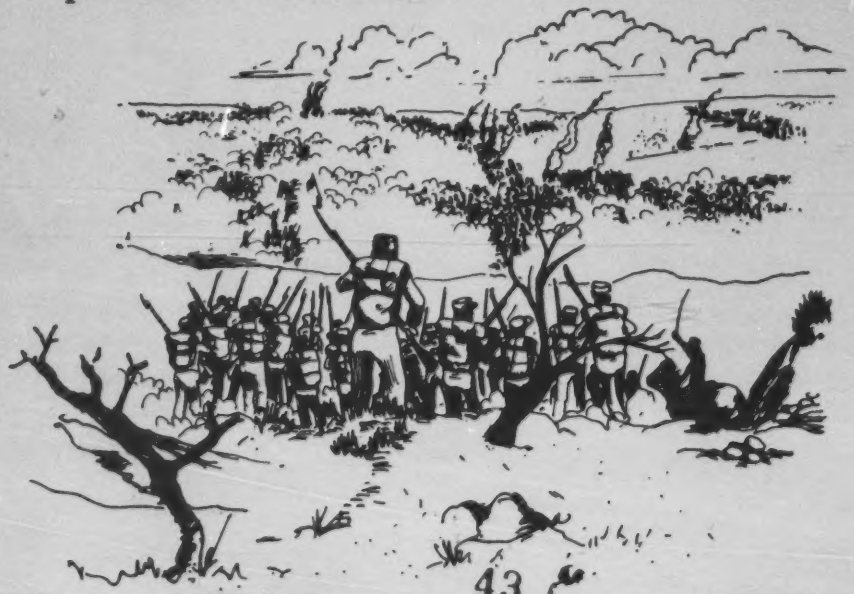
Juan Manuel subió a un lugar desde el cual pudiera ver todo el campo. De allí pudo ver que el ejército francés descansaba en esos momentos. La hora del ataque había

llegado. ¡Sorprenderían al enemigo! Le indicó al general que era buen tiempo para empezar el ataque. Entonces el general Zaragosa dio la señal.

Se oyó el toque sonoro de la trompeta de Mano, que también gritaba:

—¡Ahora sí muchachos! ¡A pelear! ¡Que viva el general Zaragoza!

Enseguida todos los demás niños tocaron sus trompetas. Los pocos soldados a caballo daban vueltas, levantando polvadera como si fueran cien hombres. Los cañones y las



carabinas comenzaron a disparar. Sorprendidos, los franceses creyeron que habían llegado nuevas fuerzas mexicanas. Creyéndose vencidos, poco a poco se fueron alejando.

Juan Manuel siguió tocando su trompeta hasta mucho después de que habían callado los disparos. Cuando Juan Manuel se reunió con los demás, encontró a sus compañeros rendidos de cansancio, pero contentos de haber ganado la batalla.

Los labios de Mano estaban sangrientos de tanto tocar la trompeta. También le habían matado su caballo. ¡Pero el plan de ataque había sido todo un éxito! Por todas partes en el campo de batalla se oían los gritos de los soldados.

—¡Que viva la mano derecha del general! ¡Que viva Juan Manual! ¡Que viva Mano!

Mano fue a donde estaba el general Zaragoza. Al acercarse a su general, los oficiales que lo rodeaban levantaron la mano, dándole un saludo militar al niño trompetero.

Zaragoza lo recibió con un fuerte abrazo.

—¡Gracias, mil gracias, Mano! En verdad eres mi mano derecha.

Los soldados levantaron en hombros a Juan Manuel y gritaron:

—¡Que viva Juan Manuel! ¡Que viva el cinco de mayo!

Richard G. Santos

La cajita de Santa-Anna

En 1835 los colonos tejanos, entre los cuales había mexicanos tanto como anglo-americanos, se rebelaron contra el gobierno de México. En la guerra por independencia entre los tejanos y México, las mayores batallas fueron las del Alamo, Goliad, y San Jacinto.

El ejército mexicano ganó la batalla del Alamo, y después la de Goliad. Pero el 21 de abril de 1836, los mexicanos sufrieron una derrota en la batalla de San Jacinto, que se encuentra aproximadamente veintidós millas de donde está ahora la ciudad de Houston. Esta derrota aseguró la victoria para el ejército tejano en su lucha por independencia. Don Antonio López de Santa-Anna, comandante del ejército mexicano, se escapó; pero fue capturado por los tejanos dos días después.

Los soldados tejanos querían fusilarlo pero el comandante Sam Houston no lo permitió. Quería establecer mejores relaciones entre México y los Estados Unidos. Santa-Anna estaba de acuerdo y con este fin fue a la capital de los Estados Unidos. Allí, fue recibido por el presidente Jackson. Santa-Anna y Jackson, aunque tuvieron algunas

conferencias amistosas, no llegaron a ningún acuerdo.

Santa-Anna estuvo en los Estados Unidos unas semanas antes de volver a México. Existen muchas historias acerca de su estancia en los Estados Unidos.

Una de las historias relata que el presidente Jackson ordenó que un guardaespaldas acompañara a Santa-Anna durante sus viajes en los Estados Unidos. La historia cuenta que un hombre llamado Phillip Adams fue el guardaespaldas de Santa-Anna. Santa-Anna viajó por varias ciudades, como Baltimore, Nueva York, Philadephia, y muchas otras más. Phillip Adams lo acompañaba por dondequiera.

Como siempre andaban juntos llegaron a formar una buena amistad. Phillip Adams notaba que el presidente mexicano de vez en cuando sacaba una cajita de su bolsillo. De allí sacaba algo que se ponía en la boca. Luego lo masticaba todo el día. Esto le llamaba mucho la atención a Phillip Adams. Por fin no pudo contener su curiosidad y un día preguntó:

—Dígame, señor Presidente, ¿qué es lo que mastica?

Santa-Anna sacó la cajita misteriosa y le enseñó lo que traía. Era como una especie de goma blanca.

—Esto— dijo Santa Anna—, se llama chicle. Viene de unos árboles que crecen en la tierra de los indios mayas.

—¿Me da un poquito para probarlo?

—¡Sí, cómo no!— contestó Santa Anna, y le cortó un pedacito de chicle.

Phillip Adams lo masticó y le gustó. Entonces le pidió otro pedacito del chicle. Dijo que quería hacer experimentos con el chicle.

Cuando Santa-Anna ya iba a volver a Mexico, insistió que su amigo Phillip Adams se quedara con toda la cajita de chicle. Adams hizo varios experimentos con la goma blanca. Con el tiempo llegó a encontrar la manera de darle diferentes sabores. Según cuenta la historia, fue así como nació en los Estados Unidos la primera compañía de chicle, el "Adams Company".

Sea esta historia verídica, o sea ficticia, ustedes sí saben que hoy en día el masticar chicle es una costumbre muy común. También hay ahora diferentes sabores y marcas de chicle.

Richard G. Santos

GUM CO
ADAM
CHEWING
BASE
DE
CHICLE
¡MASTIQUE
CHICLE!

El regalo de Agustín

Agustín Lara es uno de los músicos más famosos que ha tenido México. Agustín Lara ya murió, pero su música y sus canciones todavía se oyen.

Desde su juventud en Veracruz, donde nació en 1897, Lara mostró un gran interés en la música. También mostró un talento natural porque aprendió a tocar el piano solo, sin que nadie le enseñara.

Cuando Agustín tenía como diez años su madre quiso que estudiara el piano con algún maestro, para así perfeccionar su música. Por fin un día lo llevó para que empezara sus clases; pero, al oírlo tocar, el profesor se quedó sorprendido de su adelanto y de su talento. Entonces le dijo a la mamá que él no tenía nada que enseñarle que Agustín no supiera ya. Así es que el joven tuvo que seguir estudiando y practicando su música solo.

52.3

REVOLUCIÓN
EJÉRCITO
REPUBLICANO
ABARROTES
ESPARZA

Durante la revolución Agustín y su madre se fueron a vivir a la ciudad de México. Allí la vida estaba muy cara y no había mucho trabajo.

Agustín se dedicó a lo que mejor sabía hacer— tocar el piano. Encontró empleo tocando en cafés y teatros, pero ganaba muy poco dinero. A veces los dueños de estos lugares no le podían pagar nada, pero Agustín seguía tocando porque así siquiera sacaba las propinas que le dejaban los clientes.

El trabajo en los teatros y cafés era de noche. Por esta razón Agustín no llegaba a su casa hasta las primeras horas de la madrugada. Vivía en un barrio pobre y las calles estaban casi completamente obscuras. La poca luz que había venía de los faroles que estaban en cada esquina.

Una noche lluviosa y fría, Agustín caminaba muy despacio por la calle desierta. Venía muy cansado de tanto tocar el piano. Esa noche le había ido muy mal. Traía en su bolsa solamente unos pocos centavos.

Estaba muy triste porque esta vez no traía suficiente dinero para su mamá.

Mientras caminaba, trataba de pensar en algo para llevarle a su mamá. Se detuvo en una esquina, bajo la poca luz que daba un farol. Se quedó pensando, y luego le vino una idea. Compondría una canción como regalo para su mamá.

Lentamente, como gotas de agua, empezaron a salir las palabras de sus labios:

Farolito que alumbras apenas
mi calle desierta,
cuantas veces me has visto
llorando llamar a su puerta . . .

Aquella noche, cuando llegó a su casa, Agustín no traía mucho dinero, pero sí le traía a su mamá una nueva canción que llegaría a ser una de sus canciones más reconocidas:

Sin llevarle más que una canción
un pedazo de mi corazón
sin llevarle más nada que un beso
friolento y travieso
amargo y dulzón . . . . .

Desde luego, la primera palabra de la canción fue el nombre que le dio a su canción—*Farolito.*

Así nació esta inolvidable canción de uno de los más célebres y queridos compositores de México. Una canción que Agustín Lara compuso como regalo para su madre.

Richard G. Santos

PLATÓN

50

La rana toro del arroyo

Una noche clara la rana toro del arroyo salió en busca de sus amigas.

Por la orilla del arroyo buscó y llamó pero nadie le contestó. Lo que más le gustaba era croar para que las otras le respondieran en coro. En vano llamó pero nadie salió.

Desconsolada dijo:

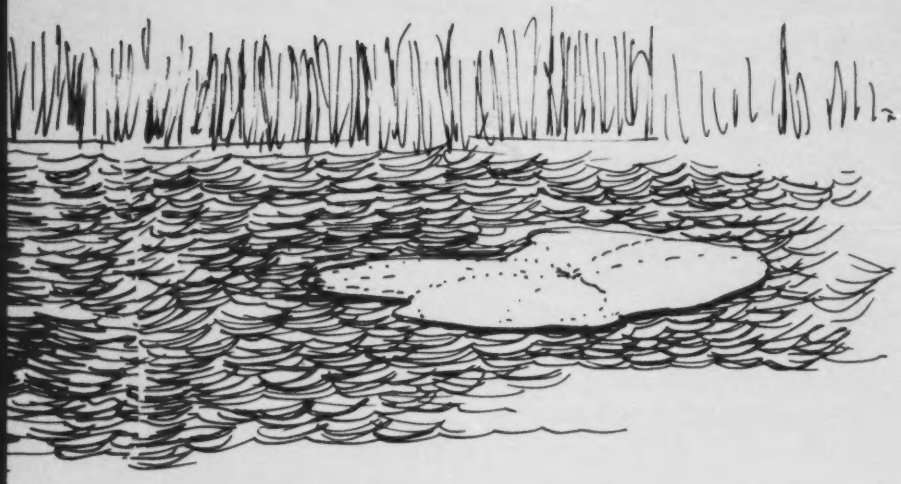
—No responden mis amigas, entonces me voy.

Vio una hoja de nenúfar y de un brinco se subió.

—¡Adiós! mis amigas del arroyo. Lejos de aquí me voy, y buscaré quién me responda.

Y se fue la rana toro flotando en una hoja de nenúfar. Iba en busca de un nuevo mundo, y también de nuevas amistades.

Héctor Valencia



Pepito

La tormenta estaba en su mayor fuerza. El mar enfurecido rugía, levantando las olas como enormes montañas.

El barco de velas bailaba como un juguete de corcho. Las olas lo aventaban de un lado a otro, llevándose de encuentro cajas, barriles, y hasta algunos de los marineros.

Pepito y su tío, don Lucas, eran dos de los pasajeros que viajaban en el barco.

—¿Cuándo pasará la tormenta? ¿Qué vamos a hacer?— gritaba Pepito.

—¡Al rato pasa, niño, no tengas miedo! Te voy a amarrar a este poste para que no te lleven las olas— dijo don Lucas, y amarró a Pepito a uno de los mástiles del barco.

—No tengas miedo, ya está pasando la tormenta . . .

En ese momento se oyó un ruido fuerte... ¡CRAC! . . .

Uno de los marineros que estaba al otro lado del barco gritó:

—¡Hemos pegado en una roca! ¡Ha estallado el barco!

Con el ruido de los truenos, el agua, y los crujidos del barco, apenas se oía la voz del marinero. El capitán corrió hacia donde se oía el ruido de madera rompiéndose.

¡CRAC! . . . Otra vez se oyó el ruido fuerte.

—¡Se está partiendo el barco!—gritó el capitán—. ¡Súbanse a las lanchas salvavidas! ¡Sálvese el que pueda!

¡CRAC! ¡CRAC!

Se oyó todavía más recio el ruido. Esta vez el barco se había partido en dos pedazos. Los pedazos del barco se hundían rápidamente.

Pepito empezó a gritar:

—Tío, tío, desamárreme porque me ahogo.

En muy poco tiempo el agua casi cubría las partes del barco que quedaban flotando. El mástil donde estaba amarrado Pepito se había roto en cuatro pedazos, pero todavía estaba flotando. Pepito trataba de desatarse . . . pero en esos momentos una ola grandísima lo cubrió. Por un momento horrible no supo de sí mismo.

Cuando volvió en sí estaba flotando en el agua, todavía amarrado a un pedazo del mástil. El pedazo de madera lo sostenía boca arriba, fuera del agua. Pero a veces le parecía a Pepito que se hundía. Lleno de miedo, otra vez empezó a gritar:

—¡Tío, tío! ¡Ayúdeme que me ahogo!

Gritaba y gritaba pero el ruido de las olas ahogaba su voz. Le parecía que había estado flotando horas y horas en el agua. Quedó ronco de tanto gritar. Pepito pensó que seguiría flotando en el agua hasta morirse.

De repente el mar se movió. No era la moción de las olas, sino que parecía que algo grandísimo removía el agua desde el fondo del mar. Entonces Pepito vio que una forma tan grande como un monstruo se le iba acercando. Pepito no podía ver bien lo que era. Las olas se levantaron más y más altas. Entonces vio que en verdad sí era un monstruo.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Me va a matar el monstruo! ¡Auxilio!

Pepito cerró los ojos cuando vio la cabezota horrible del monstruo. Esperó su fin. Quiso dar un grito pero no le salía la voz, nada más abría la boca. Sintió que se estaba hundiendo.

—Me hundo, me muero—pensó.

—¡Pepito, Pepito! ¡PEPITO!

—¡Despierta, Pepito! Levántate, es hora de vestirte para ir a la escuela.

Pepito quería abrir los ojos, pero le parecía que los tenía pegados con pegadura. Su mamá lo estrujó de los brazos hasta que por fin Pepito pudo abrir los ojos.

—¡Andale, Pepito! Ya me canso de hablarte. Es muy tarde y tienes que arreglarte para ir a la escuela.

—¡Ay mamá! ¡Estaba soñando que me estaba ahogando y que un monstruo me iba a matar! Pero era un sueño, ¡qué bueno que era un sueño!

Diciendo así Pepito se levantó y se empezó a vestir. ¡Nunca se había sentido tan feliz de tener que levantarse para ir a la escuela!

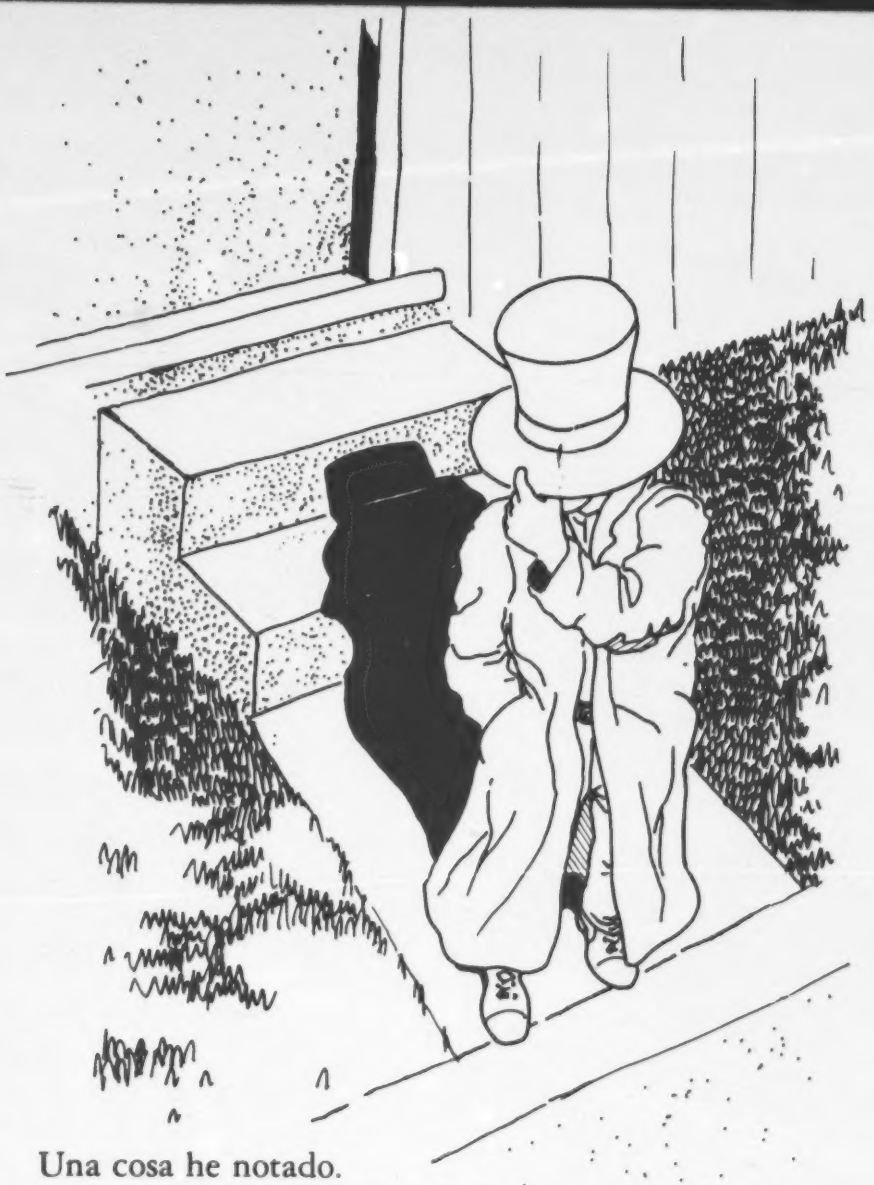
Richard G. Santos

Mi yo

¿Soy yo?
¡Yo soy!
Tengo algo que nadie más tiene.
¿Qué es?
El yo que tengo, solamente
mío es.
Porque se parece a mí.

Nunca estoy solo, porque mi sombra me acompaña.
Mi sombra y yo podemos jugar.
Hay veces que mi sombra corre delante de mí.
Otras veces corre detrás de mí.
Pero siempre estamos juntos los dos.
Juntos corremos, y juntos brincamos charcos.
Ninguno de los dos gana.
Mi sombra siempre cae igual que yo.

Cuando mis amigos y yo jugamos,
nuestras sombras van también.
Van brincando, van corriendo,
a veces bailando también.



Una cosa he notado.
A mi sombra no le gusta el sol.
Siempre que salimos,
se pone detrás de mi.

Cuando el sol cae,
y es hora de dormir,
mi sombra desaparece
y se esconde detrás de mí.
¿Duerme? ¿O se va?
¿La encontraré al despertar?

Richard G. Santos

Un sábado por la noche

Un sábado por la noche Raymundo y su hermanita Ninfa estaban en el portal de su casa. El cielo estaba lleno de estrellas y la luna brillaba como si fuera un sol. Los dos niños se quedaron viendo el cielo de lo bonito que estaba. De repente Raymundo gritó:

—¡Mira, Ninfa! ¡Mira! ¿Qué es eso?

—¡Me parece un cometa! ¡No, es una estrella!— contestó Ninfa, bajando los escalones corriendo.

Un círculo de luz iba caminando por el cielo cuando dio vuelta hacia nuestro planeta.

—Parece que se está moviendo. ¡Viene para acá!— gritó Raymundo. Y en verdad el círculo de luz se venía acercando, haciéndose más y más grande, hasta que parecía una bola de llamas.

Ninfa y Raymundo se asustaron, pero la curiosidad ganó y corrieron al patio para mejor ver la luz que se acercaba.

—¿Oyes ese ruido, Ninfa? Parece un silbido. ¡Viene de la luz! ¿Que será?

El ruido parecía como de un avión que va a aterrizar.

Sin darse cuenta de lo que hacían, los dos niños se habían ido hasta la calle. Parecía que la luz los atraía como si fuera un imán.

La bola de lumbre seguía acercándose.

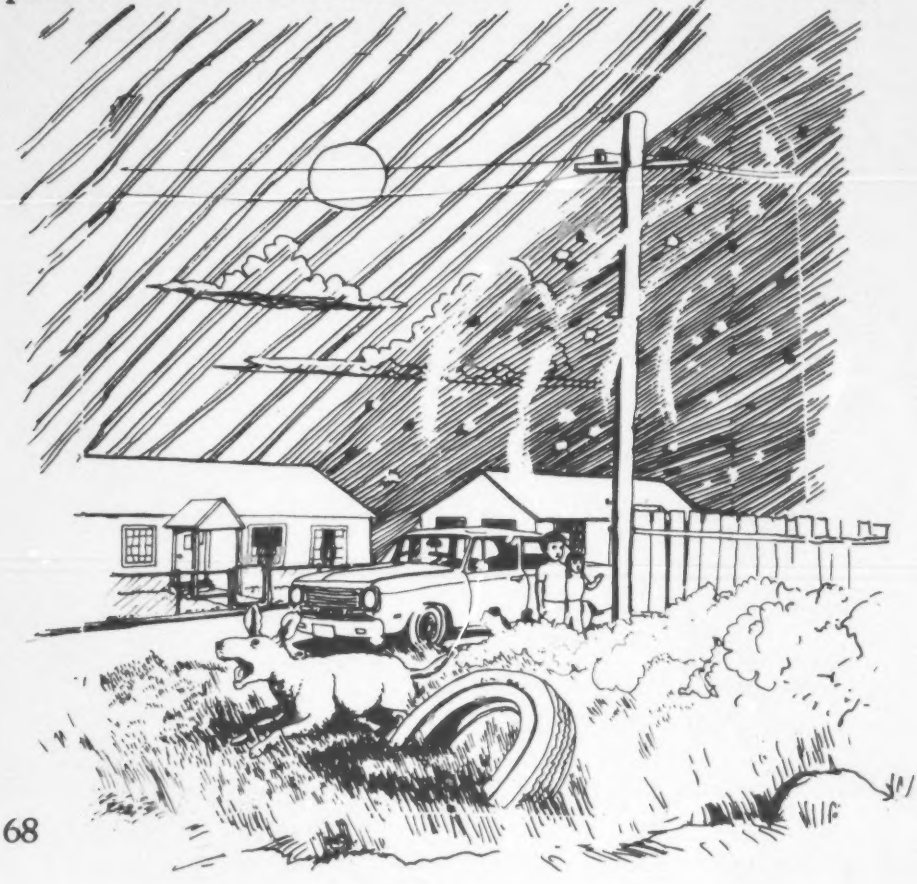
—¡Va a aterrizar!—gritó Ninfa, jalando a su hermano del brazo.

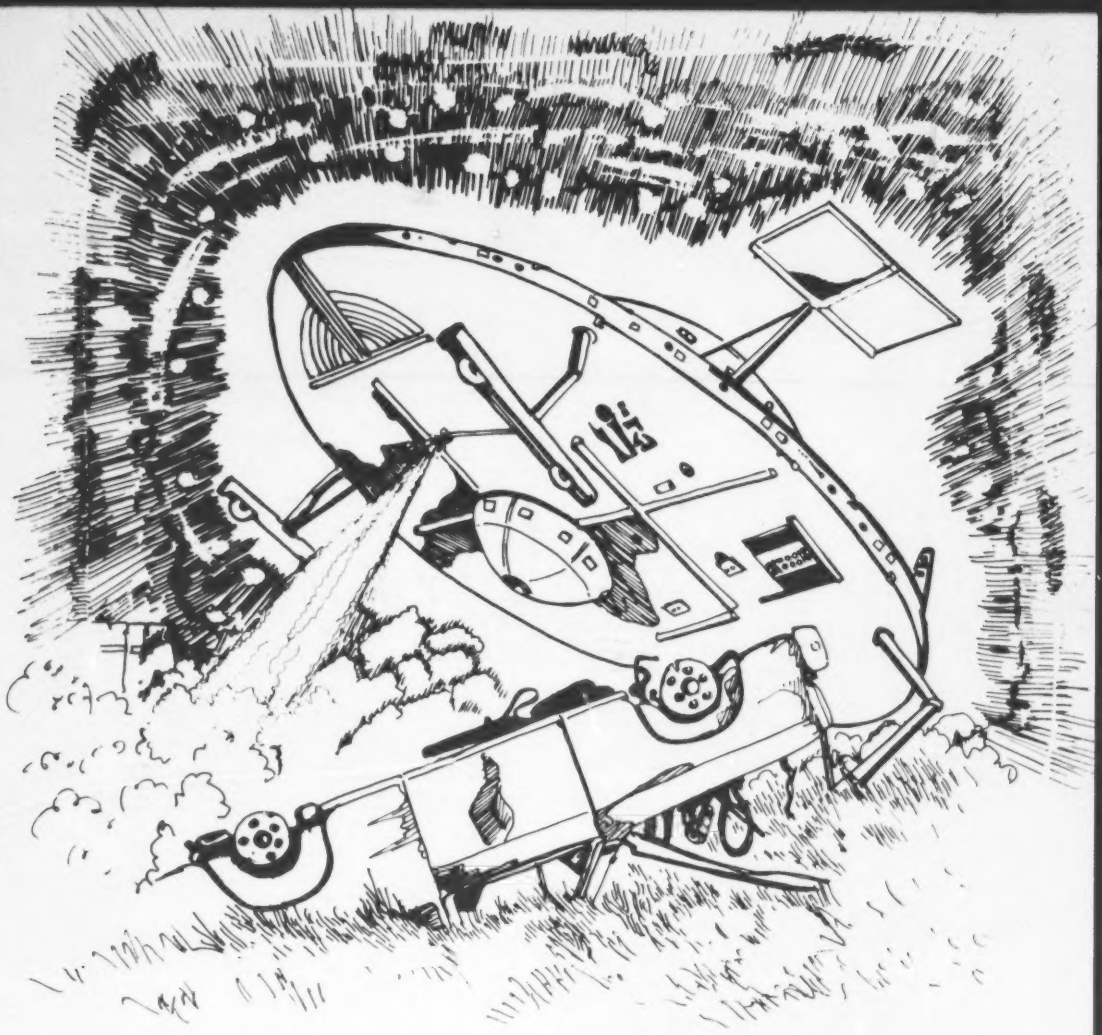
—¡Mira Ray! La luz se está poniendo azul. ¡Viene para acá!

La luz había cambiado a un color azul. Con una voz muy bajita el niño dijo:

—Ahora parece que se va deteniendo.

Y la cosa extraña, aunque del tamaño de una casa, empezó a caer a la tierra lentamente . . . como si fuera una





hoja que cae de un árbol. Continuó bajando hasta llegar a un solar vacante que estaba al lado de la casa de los niños. Se oyó un ruido como el silbido de un jet.

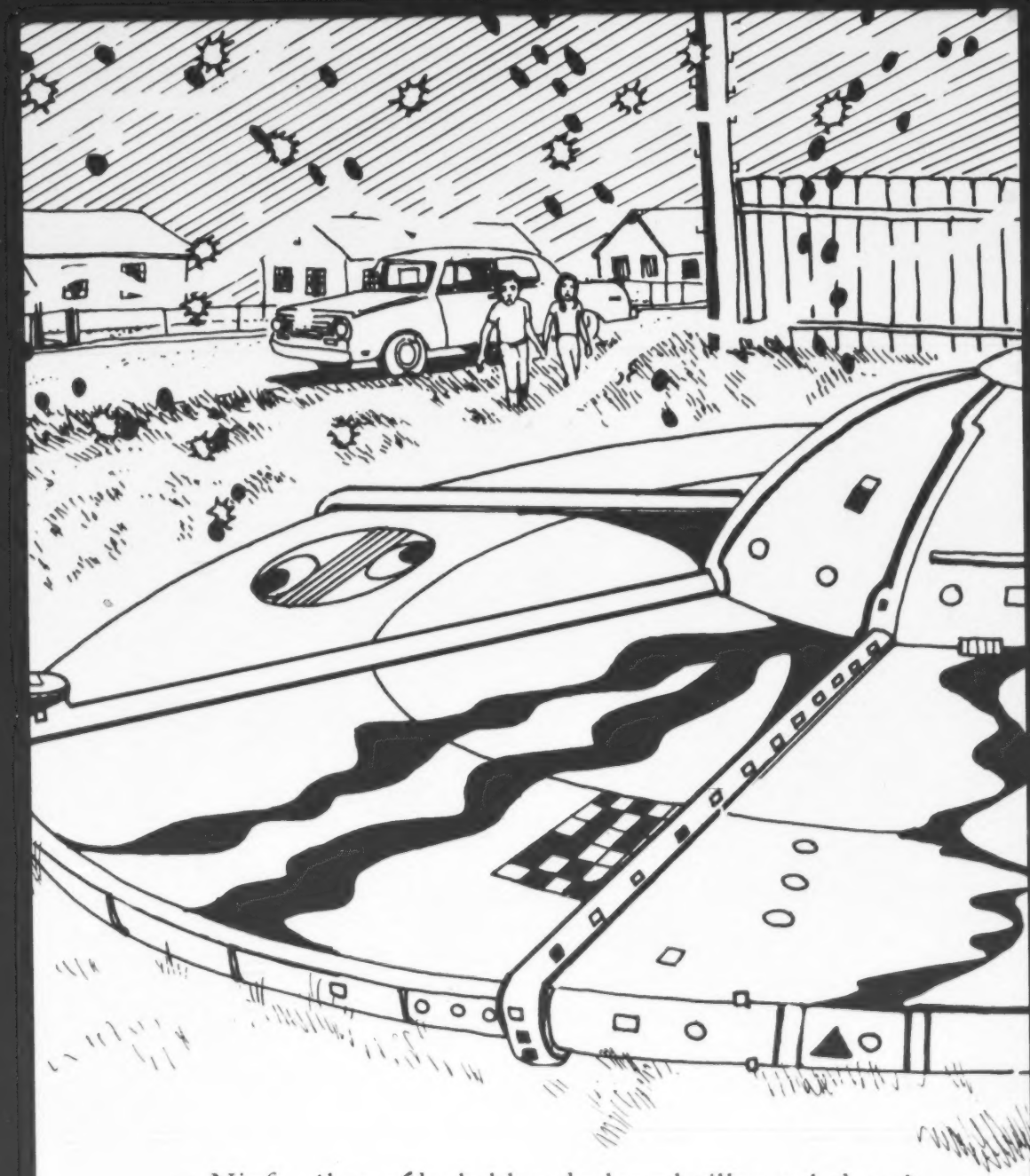
—Vamos a acercarnos— dijo Raymundo, jalando a Ninfa de la mano—. Vamos.

—No, Ray, no quiero. Tengo miedo.

—No tengas miedo. Al cabo no más es una luz grande.

—Bueno, pero no nos acerquemos mucho.

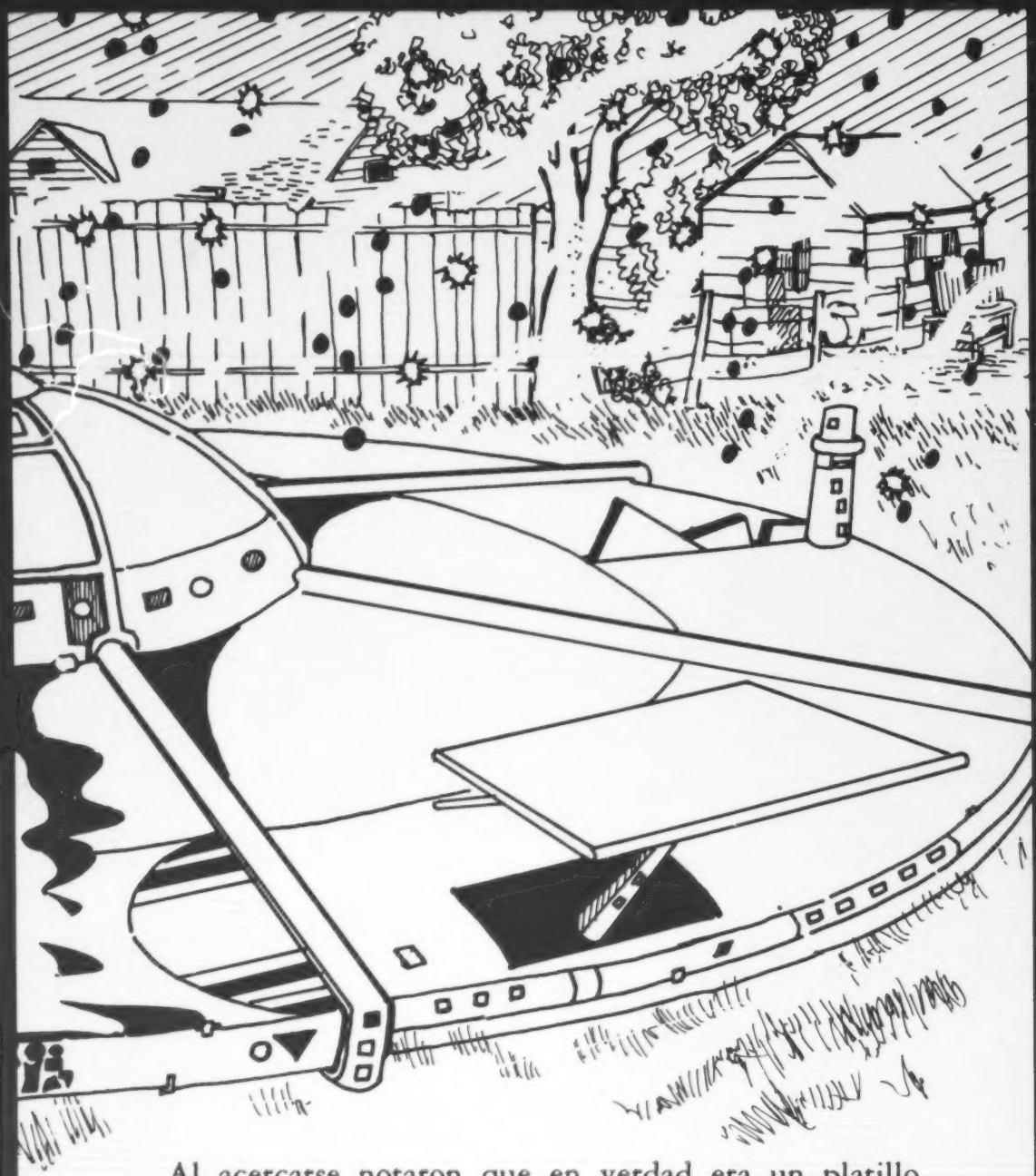
Y tomándose de las manos, los niños empezaron a caminar hacia el solar.



—Ninfa, ¿has oído hablar de los platillos voladores? ¿Crees tú que puede ser uno de esos?

—No sé. ¿Tú qué crees?

70



Al acercarse notaron que en verdad era un platillo volador. Tenía la forma de un plato con muchas luces azules alrededor. Entonces, desde adentro del platillo volador se oyó una voz:

—¿QUIE-NES SON US-TE-DES?

Era una voz rasposa y metálica.

—Me . . . me llamo Raymundo y esta es mi hermanita Ninfa.

—VEN-GAN A-CA.

Raymundo y Ninfa se acercaron.

En ese momento se abrió una puertecita y salió una figura del platillo volador. Vieron que era de color verde. Más o menos tenía la forma de un hombre, pero tenía cuatro brazos y manos. La cabeza estaba más grande que el cuerpo (¿quizá era muy inteligente?) y tenía una antena a cada lado.

Ninfa y Raymundo quisieron correr, pero otra vez la voz habló:

—¡VEN-GAN A-CA! SE VAN A QUE-DAR A-QUI. SON NUES-TROS PRI-ME-ROS PRI-SIO-NE-ROS, PE-RO NO SE-RAN LOS UL-TI-MOS. ¡ES-TE PLA-NE-TA VA A SER NUES-TRO!

El hombre extraño caminó hasta donde estaban los niños. Los pobres no sabían ni qué hacer ni qué pensar. Tenían ganas de llorar y de correr a su casa. Pero no se podían mover. Parecía que la luz que salía del platillo no dejaba que los niños se movieran.

¿Qué podrían hacer para prevenir a sus padres y a la policía y a todo mundo del peligro que había caído del cielo?

Entonces Raymundo tuvo una idea. ¡A ver qué tan inteligente era este cabezudo! En fin, los niños no tenían nada que perder.

—Pe . . . pero, ¿cómo crees que van a conquistar nuestro planeta? Si tu estás tan chaparro que ni siquiera estás de nuestro tamaño— dijo Raymundo—. Y mi papá está dos veces más alto que yo.

—¿ES LA VER-DAD?

—Sí, pero mi papá no es tan alto como mi tío. El se puede sentar en tu platillo y le falta lugar.

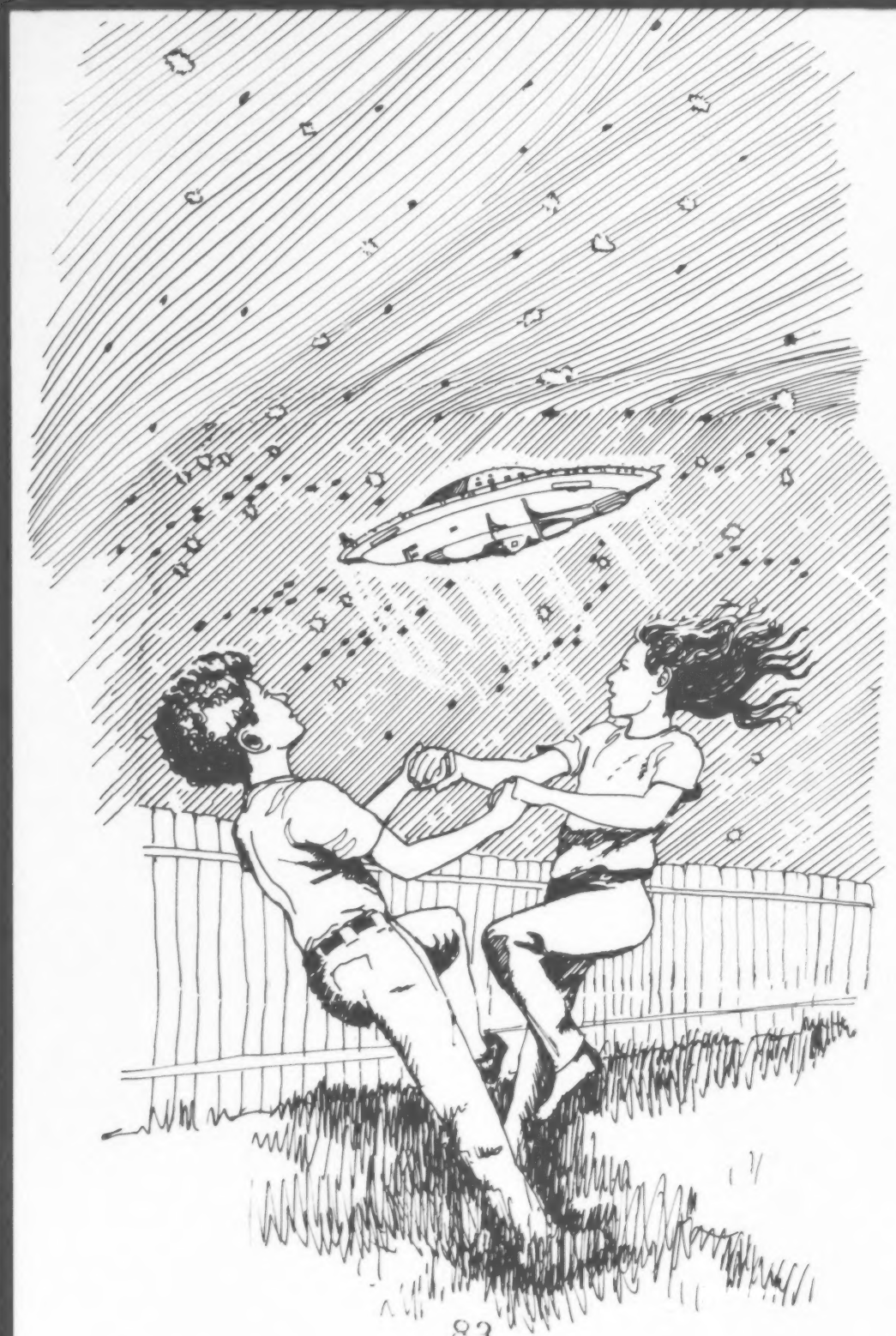
—¿SI? ME-JOR NOS VA-MOS. US-TE-DES SON U-NOS GI-GAN-TES.

Pronto se retiró el ser extraño. Entró por la puertecilla de donde había salido. Las luces azules se pusieron rojas y poco a poco el platillo empezó a subir. Los niños siguieron viéndolo hasta que se perdió en el cielo.

Cuando ya no lo podían ver, los niños empezaron a saltar de gusto, gritando:

—¡Ganamos! ¡Ganamos!

Richard G. Santos



-A-

ACARREAR, transportar de cualquier manera, llevar.
ADELANTO, progreso, anticipo.
AGOTAR, terminar una cosa; gastar del todo; debilitar, cansar.
ALIMENTAR, dar lo necesario para mantener la existencia de una cosa; dar alimento.
ALTERNAR, repetir con más o menos regularidad cosas diferentes; repetir por turno.
AMARGO, tener sabor desagradable, como de la hiel; agrio, ácido.
ANÁHUAC, sinónimo de México; nombre que se aplicaba en un principio al valle de México.
ASTUTO, alguien o algo que tiene habilidad para engañar o evitar el engaño.
ATERRIZAR, descender a tierra; bajar un avión (o cualquier vehículo aéreo) a tierra.
AUMENTAR, hacer más grande; crecer, amplificar, añadir.

-B-

BAHÍA DEL ESPÍRITU SANTO, presidio fundado en 1749 por los españoles donde hoy está la ciudad de Goliad.
BARCO DE VELAS, barco que usa nada más el viento para moverse—las velas, hechas de lona fuerte, reciben el viento y hacen adelantar el barco.
BARRANCO, un hoyo o un arroyo cuyos lados tienen una inclinación muy difícil para subir o bajar; despeñadero, precipicio.
BOTE SALVAVIDAS, barquito que llevan los barcos para utilizarlo en caso de naufragio.

-C-

CACAO, árbol originario de México cuyo fruto sirve para hacer el chocolate.
CARRETERO, el que guía un carro generalmente jalado por animales.
CÉLEBRE, famoso.

CLIENTE, el que compra en un establecimiento de comercio; comprador.
COLOCAR, poner a una persona o cosa en un lugar; situar, instalar, meter.
COLONO, persona que se ha ido de un país para habitar o establecer otro.
COMERCIANTE, persona que se dedica a vender.
COMETA, astro del sistema solar formado por un núcleo envuelto por una atmósfera o cabellera o cola; estrella.
COMPAÑÍA, reunión de personas que forman un grupo; sociedad comercial o industrial.
COMPOSITOR, que hace composiciones musicales; que compone.
CONFERENCIA, reunión de varias personas para discutir un asunto.
CONQUISTADOR, persona que adquiere por la fuerza de armas un reino.
CORCHO, parte exterior de la corteza del alcornoque (un árbol), que sirve para fabricar tapones, suelas de calzado, flotadores para redes.
CORO, grupo de personas que juntas ejecutan danzas y cantos; *a coro*, cantando o diciendo la misma cosa al mismo tiempo.
CORTÉS, HERNÁN, conquistador español que conquistó a México.
COYOTERA, de coyote.
CROAR, lo que hacen las ranas; cantar las ranas.
CRUJIDO, el ruido que hace una cosa al romperse, al estallar, o al chocar; acción de crujir.
CUCHILLO, instrumento para cortar que está compuesto de una hoja y un mango; puñal, daga, navaja.

-D-

DEDICAR, aplicarse una persona a algo, por ejemplo, *Se dedicó a sus estudios:* darse, entregarse.
DERROTA, cuando se vence o se conquista completamente a una fuerza militar; desorden, ruina.
DESAYUNAR, tomar el desayuno.
DESAYUNO, primer alimento tomado por la mañana.
DESGRANAR, sacar el grano o los granos.

-E-

EJÉRCITO, grande número de soldados unidos en un cuerpo bajo el mando de un general.
EMPERADOR, jefe supremo de algún estado (o estados) o de algún país.
EMPLEO, ocupación.
ENFURECIDO, muy enojado; con mucha cólera; irritado.
ENGAÑAR, hacer caer en un error; mentir.
ENTRENAR, preparar para alguna actividad: deporte, competición, campeonato, etc.
ESTABLO, lugar cubierto para encerrar el ganado.
ESTALLAR, reventar de golpe una cosa con mucho ruido.
ESTANCIA, tiempo que permanece una persona en algún lugar.
ESTRUJAR, apretar una cosa con fuerza.
ÉXITO, fin o terminación de un asunto; acierto, triunfo, victoria.
EXPERIMENTO, acción de probar prácticamente una cosa.
EXTRAÑO, raro; de nación, familia, u oficio diferentes.

-F-

FAROL, lámpara, linterna.
FLOTAR, sostenerse un cuerpo sobre un líquido.
FRIOLENTO, que siente el frío mucho; muy sensible al frío.
FUSILAR, matar con una descarga de un grupo de fusileros.

-G-

GEMIR, expresar un dolor con sonidos de quejarse.
GENIO, talento para una cosa; grado más alto a que llegan las habilidades intelectuales del hombre; carácter.
GUARDAESPALDAS, uno que protege a otra persona de cualquier mala intención.

-H-

HUNDIR, sumir, como en agua; meter en lo hondo.

-I-

IMÁN, material que atrae el hierro y algunos otros metales, este material casi siempre es de hierro.
INOCENTE, libre de pecado, que no conoce el mal; sin malicia.

-J-

JACALITO, casa chica y pobre; jacal, choza, cabaña.
JALAR, tirar para mover algo. También se dice *halar*.
JET, avión de reacción.
JUSTO, que actúa conforme a la justicia; exacto; que viven según la ley de Dios.
JUVENTUD, edad entre el niño y el adulto; adolescencia; un grupo de jóvenes.

-L-

LENTO, que tarda para hacer las cosas; actuar muy despacio.
LOMO, espalda de los animales de cuatro patas; la parte de abajo de la espalda que corresponde a los riñones.

-LL-

LLUVIOSO, tiempo o país en que llueve con frecuencia.

-M-

MALAGRADECIDO, desagradecido, ingrato; que no muestra agradecimiento.
MÁSTIL, palo de un barco que sirve de sostén a las velas.
MENSAJERO, encargado de decir algo; alguien que lleva mensajes.
MESÓN, posada; casa pública donde viajeros pueden quedarse y comer.
METÁLICO, de metal; que tiene apariencia de metal; sonoro como los metales; duro como el metal; que contiene metal.
MOCIÓN, movimiento, impulso.

MOCTEZUMA, nombre de dos emperadores aztecas. Moctezuma I mejoró y embelleció lo que hoy es la ciudad de México, murió en 1469. Moctezuma II inició varias expediciones guerreras y extendió el imperio azteca, abriendo nuevos caminos. La llegada de Hernán Cortés en 1519 puso fin a su autoridad pues el imperio azteca fue conquistado por los españoles. Moctezuma II murió en 1520.

MOSTRAR, enseñar, exhibir, presentar, explicar.

MUNICIÓN, carga (pólvora y plomo) de las armas de guerra.

-N-

NENÚFAR, planta que crece en el agua y que tiene las hojas redondas y anchas con flores.

NIXTAMAL, maíz que se ha remojado en agua de cal. Se usa para hacer tortillas, tamales, menudo y otras comidas mexicanas.

NOBLE, que forma parte de la nobleza; generoso, de buen corazón; ilustre, honroso.

NOVEDAD, estado o calidad de nuevo; cambio; algo que sucedió recientemente.

-O-

OBSCURO, sin luz, que no está iluminado; sombrío. También se dice del color casi negro.

OLFATEAR, oler.

ORGULLOSO, que tiene orgullo; soberbio, vanidoso.

-P-

PASTOR, persona que cuida del ganado.

PENACHO, grupo de plumas que tienen en la cabeza ciertas aves; adorno de plumas que a veces se lleva en la cabeza o en un gorro.

PERFECCIONAR, hacer perfecta o mejor una cosa.

PESEBRE, especie de cajón donde comen las bestias; lugar donde está colocado el cajón donde comen las bestias.

PLANETA, cuerpo celeste que se mueve alrededor del sol; estrella.

PLATILLO VOLADOR, ciertos aparatos que se supone que aparecen y desaparecen en la atmósfera terrestre.

POCHTECA, indio comerciante.
PREVENIR, preparar de antemano una cosa; avisar.
PROPINA, regalo que se da arriba del costo de un servicio.

-Q-

QUETZAL, ave de la América tropical, de plumaje suave, verde y rojo.

-R-

RANA TORO, pertenece a la clase de animales de sangre fría; género de batracios anuros.
RASPOSO, con ruido de raspár.
REBELARSE, alzarse contra la autoridad; oponerse.
RELEVO, acto de relevar; persona que se substituye por otra.
REOJO (MIRAR DE), mirar por encima del hombro; mirar sin que se note.
RESONAR, repetirse el sonido; ser muy sonoro.
RESPLANDECIENTE, que brilla mucho.
RETUMBAR, resonar con ruido grande una cosa.
REVENTAR, abrirse o romperse una cosa.
ROTO, participio pasado del verbo *romper:* desgarrado, quebrado.
RUBÍ, piedra preciosa, transparente y de color rojo vivo.
RUGIR, hacer ruido una cosa; bramar el león.

-S-

SIGLO, espacio de cien años; mucho tiempo; época en que vive uno.
SILBIDO, sonido penetrante que hace el aire, una persona, un pito.
SIN EMBARGO, no obstante, a pesar.
SOCORRO, acción y efecto de socorrer; ayudar en peligro o necesidad.
SONORO, que suena; que refleja bien el sonido; resonante, vibrante.

SOSPECHAR, imaginar que una cosa está fundada en apariencias; desconfiar, recelar.
SUPERCARRETERA, carretera grande que puede llevar mucha circulación de vehículos.

-T-

TENOCHTITLÁN, ciudad principal del imperio azteca que hoy es la capital de México.
TOQUE DE DESCARGA, señal que indica el tiempo para tirar con las armas.
TOQUE DE QUEDA, señal que indica el tiempo para cesar de tirar y retirarse un ejército.
TORMENTA, tempestad, borrasca.
TRAMPA, engaño; también artificio para cazar, compuesto ordinariamente de un hoyo y una tabla que lo cubre—al ponerse encima el animal, se cae dentro del hoyo.
TRIBUTO, lo que paga un estado, una persona, o un grupo a otro para indicar su sumisión u obediencia.

-V-

VACANTE, no ocupado, libre.
VENCIDO, persona que ha sufrido una derrota.